

Antoinette BURTON: *The Trouble With Empire: Challenges to Modern British Imperialism*, Nueva York: Oxford University Press, 2015, 336 pp., ISBN: 978-0199936601

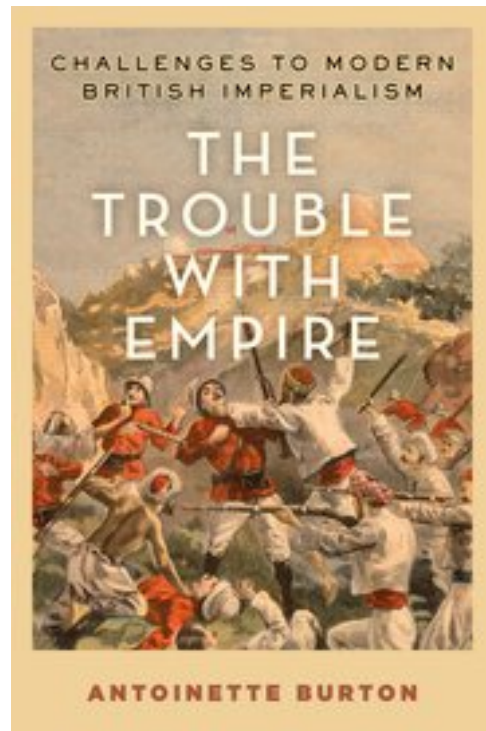
María Gajate Bajo
Universidad de Salamanca

Una historia acerca de lo desafiante convertido en norma

El imperialismo británico ha merecido una significativa atención historiográfica, si bien en opinión de Antoinette Burton, la mayor parte de la comunidad científica ha asumido y defendido, casi de modo inconsciente, una visión cíclica del mismo: la lógica del auge y caída como fases que se suceden inexorablemente. Burton, en cambio, sostiene que el disentimiento, y por extensión la fragilidad, fueron las notas constantes que mejor definieron el imperialismo inglés.

La archicelebrada “Pax Británica”, gran herencia del optimismo victoriano, fue mucho más discutida de lo que a priori se admite y la resistencia, antes que la sumisión, se convirtió en norma; nunca en excepción. La empresa imperial, se temía, podría resultar ruinoso, militarmente insostenible y políticamente dañina. Esta es la principal idea de la que se nutre *The Trouble with the Empire: Challenges to Modern British Imperialism*, el trabajo más reciente de Burton, una historiadora con una larga trayectoria investigadora a sus espaldas, especializada en campos como la historia de género o de la alteridad. Tres grandes bloques de contenidos son los que articulan el libro en cuestión: un examen del poder militar inglés en el periodo transcurrido desde la independencia de los Estados Unidos hasta los años cuarenta del siglo XX; un repaso económico durante el mismo tramo cronológico; y un último apartado dedicado al análisis de carácter político.

El primer capítulo cuestiona los límites de la supremacía militar y tecnológica (también racial) inglesa, empleando para ello algunas narrativas que revelan las tensiones inevitables para el sostenimiento del imperio. No obstante, el recurso a la obra de Winston Churchill *The Story of the Malakand Field Force* es abusivo. La experiencia bélica de Churchill en el valle de Swat (actual Pakistán) durante el verano y otoño de 1897 o, más bien, la percepción de esa vivencia es empleada por Burton para reafirmar, incluso contra la voluntad del conocido estadista, la idea de la perpetua vulnerabilidad británica. Esa era la triste realidad, repleta de “barro y sudor” asegura la autora (p. 26), pese a toda la retórica a propósito de la heroica expansión imperial. El miedo, la duda acerca de la supervivencia del



imperio, estuvieron muy presentes en aquellas campañas militares extenuantes —las bautizadas por C. E. Callwell como *small wars*, donde la rendición del enemigo nunca era sinónimo de derrota—, y la victoria final solo se alcanzó arrasando con fuego el territorio, una práctica nada en consonancia con la supuesta superioridad de la civilización occidental. Las dos guerras anglo-afganas del siglo XIX quedan lamentablemente relegadas en este bloque temático a un segundo plano, si bien la alusión a ambas sirve para remachar el argumento de la constante precariedad del poder colonial británico. Lo mismo ocurre con las dos encarnizadas guerras del opio o con las alusiones a la debacle de Isandwana, durante el conflicto anglo-zulú.

El segundo gran apartado de contenidos se centra en consideraciones de tipo económico, explorándose los posibles significados de huelgas, boicots y otras formas de protesta que sirvieron para desafiar la seguridad imperial y tuvieron una honda repercusión en la metrópolis. Se trataba de acciones directas que evidenciaban la frustración de los colonizados hacia la administración y políticas fiscales inglesas, ambas muy perjudiciales para sus vidas cotidianas. Dentro del paradigma historiográfico clásico, el declive del poderío británico se viene atribuyendo invariablemente a causas estructurales, tales como una depresión global o cambios en el sistema financiero. Pero queda desdibujado, de este modo, el efecto tan desgastante de pequeños sabotajes. A modo de ejemplo ilustrativo, este fue el caso del rechazo de los cuáqueros al consumo de azúcar, a comienzo del siglo XIX, o de la reacción de los habitantes de Ghana contra el control británico sobre el aceite de palma algunas décadas después. Algo similar sucedió en Hong Kong, a la altura de 1905, con el comercio de queroseno. Burton, además, repasa en este punto en cuestiones de género, tal y como sucede cuando trae a colación el ejemplo de Mary Muthani Nyanjiru, una keniata que en 1922, antes de ser ejecutada, protagonizó una protesta desnudándose públicamente al grito de «Coged mi vestido y dadme vuestros pantalones. Vosotros, los hombres, sois unos cobardes. ¿A qué esperáis? Nuestro líder está aquí. ¡Atrapadlo!» (p. 105).

Junto a los boicots, las huelgas desempeñaron un papel protagonista como poderosa amenaza contra los intereses imperiales. Pero Burton señala que los análisis realizados hasta la actualidad han sido más meditados para el siglo XX (un ejemplo son los desórdenes laborales y raciales de 1919) que los dedicados a la centuria previa, lo que conduce a cierta descontextualización de su significado. Se omiten, además, sus efectos colaterales: «Las acciones huelguísticas podrían revelar las posibilidades de una ruptura mayor, sistemática, y al mismo tiempo, ilustrarían sobre el mapa crisis transcontinentales y solidaridades nacionalistas» (pág. 122). Los estudiantes del imperialismo británico, argumenta la autora, deben adoptar una actitud escéptica ante la extendida idea de la infalibilidad económica inglesa porque fueron cuantiosos los obstáculos para el buen funcionamiento de la cadena comercial. En definitiva, si bien muchas huelgas solo revistieron un carácter episódico, otras quedaron grabadas en el imaginario colectivo y acabaron alimentando el malestar en el ámbito político. Sirven para ilustrar lo enunciado la revuelta jamaicana de esclavos en 1831-1832 o varias huelgas de hambre, con larga tradición precolonial y colonial, que se produjeron desde Irlanda a la India.

Por esta causa, ya para terminar, Antoinette Burton dirige su mirada hacia esta esfera, la de lo político. Las protestas individuales y colectivas constituyeron una nota habitual de la historia imperial británica, su poder siempre fue desafiado y la autora se esmera a

la hora de restar excepcionalidad a episodios emblemáticos, muy estudiados, como el Motín de la India de 1857 o como las protestas generalizadas de 1919, una especie de resaca post-Primera Guerra Mundial. Burton ya lo ha anticipado: «A pesar del papel que el motín de la India tiende a desempeñar en las narrativas clásicas, como una excepción turbulenta en el orden imperial, de hecho las revueltas armadas fueron endémicas en la India colonial» (p. 66). Así pues, lejos de tratarse de eventos aislados, insiste la profesora norteamericana, todos ellos deben encuadrarse en marcos referenciales más amplios. Por ejemplo, al motín le siguieron infinidad de huelgas y boicots en las plantaciones de índigo durante la siguiente década, aunque éstas han merecido una atención académica considerablemente menor. Burton, asimismo, repara en la carrera por el reparto de África, a partir de 1880 (aunque comete algunos errores en el análisis de la lucha protagonizada por El Mahdi) y también reconsidera el surgimiento de líderes nacionalistas (el ejemplo irlandés y el de la India) como un efecto colateral de la falta de compromiso político por parte de los británicos.

Antoinette Burton, en síntesis, debido a sus preocupaciones metodológicas obliga a sus lectores a replantearse el significado y magnitud de los procesos descolonizadores posteriores y, por descontando, plantea abundantes interrogantes para los especialistas en análisis comparados. Ella no comparte las narrativas acerca del auge y caída del imperio, sino que acaba apelando a un “ensamblaje terrorista” de carácter caótico y polivalente (p. 215). En un análisis formal, sin embargo, *The Trouble with Empire* es una lectura densa, repleta de adjetivos y citas decimonónicas. Por otro lado, resulta abrumadora la sucesión de estudios de caso, ese catálogo de fragilidades, de personajes, fechas y protestas, echándose en falta puntualmente explicaciones más amplias, donde reine la exhaustividad y la atención a lo particular. En cualquier caso, Antoinette Burton es capaz de ofrecernos una sugerente relectura de la historia del imperio británico, llena de oportunidades de aprendizaje para los futuros historiadores.